

LETRAS AL MARGEN

LA RONDA DE LOS ROSTROS



🌀 | **EDUARDO ANTONIO PARRA**

Deambular por la urbe mirando los rostros de la gente puede ser, si nos lo proponemos, tan interesante como quedarse en casa leyendo un buen libro.

Ambas actividades sirven para estimular la imaginación, nos ayudan a reforzar nuestra manera de conocer a las personas, de profundizar en la superficialidad de sus rasgos o de sus actos, y satisfacen esa necesidad tan humana de nutrir nuestro cerebro con trozos de historias ajenas; es decir, entretienen, divierten e ilustran a un tiempo. Además, en ocasiones incluso resultan complementarias; como en las novelas y relatos actuales pocas veces se describe físicamente a los personajes, una caminata por la calle con el fin de observar con atención a los transeúntes puede conducirnos a hallazgos que cubran ese hueco: las facciones de un vendedor ambulante, de la muchacha que corre para no llegar tarde a una cita, o las del borracho que se sostiene de una pared, son susceptibles de amoldarse al cuerpo de los protagonistas de la novela que aguarda sobre el buró.

Una de las virtudes de la literatura —y no la menor— es mostrarnos la infinita variedad de caracteres que se da entre los seres humanos. Las diferencias

de percepción, de conducta y de temperamento entre individuos de una misma especie, de una misma nación, incluso de una misma familia. Cuando leemos, detectamos en los personajes sus semejanzas con nosotros, sí, pero sobre todo nos reconocemos en las diferencias. Y al hacerlo nos recorre por dentro una extraña sensación de gusto mezclado con inquietud: la heterogeneidad de la llamada raza humana es motivo de orgullo, pero al mismo tiempo nos otorga la certeza de que jamás llegaremos a comprenderla por completo, de que siempre habrá en quienes nos rodean reacciones, convicciones y creencias que nos parecerán inconcebibles. ¿Por qué? No existe respuesta; o, si la hay, es bastante simple: porque así está diseñado el mundo y ése es su funcionamiento. No queda más remedio que adaptarse... Y como la literatura no es sino un reflejo artístico, conceptualizado, de este mundo, es posible que un repaso de los rostros anónimos de la multitud que suele poblar las calles de cualquier ciudad nos acerque un poco a su comprensión,

o por lo menos nos dé la confianza necesaria para enfrentarlo sin tanta angustia.

Por lo regular, cuando uno cierra la puerta de su casa tras de sí no repara en la gente que pulula alrededor. ¿Para qué, si casi siempre son los mismos y ya sabemos que están ahí? ¿Qué de nuevo pueden decirnos sus caras? Sin embargo, el anciano sentado en un banquito cerca de la esquina debe tener una historia, ¿no? Y tal vez esa historia esté reflejada en la gorra militar, verde-olivo, llena de manchas de grasa y con algunos desgarrones que cubre sus canas hirsutas. O en la bacha del cigarro, aún humeante, que se mezcla con su bigote y barba tricolor (negra, gris, blanca). O en las arrugas, que a primera vista parecen parte de sus largas cejas de fauno o de las patillas que amenazan con devorar la cara entera. Se trata de un viejo casi sin rostro, más bien un montón de pelos con ciertas zonas rosáceas y dos agujeros brillantes por donde contempla nuestro paso. Una esfinge pilosa cuyo único signo de vida es el movimiento de lo que suponemos son sus labios, cuando sin meter las manos absorbe el último jirón humeante del cigarro para después de unos segundos dejarlo escapar sin prisa por la nariz. ¿Cómo es su vida? ¿Cómo ha sido? No sería difícil imaginarla. Incluso el fulgor de sus pupilas es una suerte de invitación

CUANDO LEEMOS, DETECTAMOS EN LOS PERSONAJES SUS SEMEJANZAS CON NOSOTROS, SÍ, PERO SOBRE TODO NOS RECONOCEMOS EN LAS DIFERENCIAS.

a que detengamos el paseo y nos sentemos a mirarlo más despacio, pero hacerlo significaría sacrificar la variedad, sobre todo ahora que camina rumbo a nosotros una niña con aspecto de pordiosera.

Aunque la gente acostumbra afirmar que la niñez es hermosa en sí, esta muchachita resulta bastante fea. Sus labios gruesos en exceso caen demasiado hacia el mentón, convirtiendo la mitad inferior de su rostro en una boca desmesurada. Sus ojos sin brillo, adormilados, carecen de expresión y se sitúan también más abajo de lo normal, o de lo común. En consecuencia, su frente amplísima le otorga un engañoso aspecto de calvicie, a pesar de que su cabello es abundante, ensortijado, rasposo. El único rasgo en ella que no resulta desagradable a la vista son las orejas, éstas sí en su lugar, proporcionadas, incluso podríamos decir que armónicas, si hubiera en su semblante otra cosa con la que pudieran armonizar. No debe cumplir aún los once años, pero es evidente que cuenta con una historia que sus facciones pugnan por narrar a gritos. Una historia triste, seguro. Cuando está a dos pasos de mí, meto la mano en el bolsillo para sacar unas monedas, mas la niña ni se detiene, ni me ve, ni me pide nada: pasa de largo dejando en el aire una estela de aroma a limpio, a jabón de manzanilla, que en un segundo, como si diera vuelta a la página, desmiente mis impresiones sobre ella, provocándome un desconcierto notorio: una joven parada en un portal varios metros adelante me ve y sonrío divertida.

Es rubia, de cara afilada, frente estrecha y mentón hendido. El cabello cubre sus orejas. La sonrisa

deja al descubierto unos dientes no muy blancos y le abre algunos surcos apenas perceptibles en torno a sus ojos pequeños. Al sentir a su vez que la observo, sus pómulos enrojecen. Entiende que me he dado cuenta de que se burla de mí, y ahora baja la vista con discreción sin dejar de sonreír. Entonces trato de imaginar cuál será su historia y un bloqueo repentino me lo impide: proviene de mi convicción de estar expuesto ante ella; de la seguridad de que sus pupilas me estudiaron las facciones durante unos segundos, los suficientes para comprender mi desconcierto ante el aroma de la niña e imaginar lo que he estado haciendo desde que salí de casa. Paso a su lado incómodo, con la sensación de hallarme en la casa de los espejos de cualquier feria pueblerina. Ella no alza la vista, pero al alejarme siento su mirada ahora en mi nuca. Me sigue observando y quizá su sonrisa haya ascendido hasta convertirse en franca carcajada. Carajo.

Mientras contemplo otros rostros, muchos, sin que ninguno atrape mi atención ni excite mi imaginario, recuerdo algunos libros donde se habla de la actividad que realizo. Por lo menos dos. En uno de los relatos de *Historias del Lontananza*, de David Toscana, los personajes matan el ocio “jugando a las biografías”: en vez de salir de paseo, se sientan afuera de la tlapalería donde trabajan, escasa de clientes, y observan a las personas que pasan para “inventarles una vida”. El otro es un ensayo de Virginia Woolf donde cuenta cómo, durante sus recorridos

en tren, ejercita la fantasía, la imaginación literaria, tratando de construirles con todo detalle una historia a sus compañeros de vagón: de dónde vienen, a dónde van, cuál es el motivo de su viaje, sus desgracias, sus anhelos, sus alegrías; imagina la casa en que viven, su pueblo de origen, los miembros de su familia. Al término del trayecto, dice la escritora, uno puede traer en la cabeza dos o tres novelas completas. Es decir, es como si hubiera leído durante todo el camino.

En ciertos relatos incluso se describen técnicas deductivas que podrían servir para enriquecer este ejercicio. Pienso en las aventuras de Sherlock Holmes, de Arthur Conan Doyle, y en la trilogía *Tu rostro mañana*, de Javier Marías, novelas en las que se “enseña a mirar a los demás” con fines de conocimiento. Detectivescas las primeras y las otras de espionaje, en ellas los personajes analizan hasta el último detalle de las expresiones de la gente para conocerlos a profundidad, con certeza absoluta. Pero, en lo personal, prefiero la observación al azar, sin método, dejándome llevar por lo que atraiga mi vista en esta ronda de los rostros anónimos por la calle. Como la sonrisa enchocolatada de aquel bebé que me ve como si yo fuera Santa Claus desde la profundidad de unas pupilas negras en medio de su cara redonda, o la mueca cómica de la modelo que se muestra ante mí en ese anuncio panorámico cuatro pisos más arriba de la banquetta, o la cicatriz del lavacoches cuya mirada me atraviesa igual que si yo fuera de cristal, inmerso en su pensamiento, en su drama biográfico, en su circunstancia actual... 